
LIBRO

Cristián Gazmuri (con la colaboración de Patricia Arancibia
y Álvaro Góngora):

Eduardo Frei Montalva y su Época

(Santiago: Aguilar, 2000; dos tomos, 998 págs.).

EDUARDO FREI MONTALVA: ESPLENDOR Y OCASO

Joaquín Fernandois

Necesidad de la biografía y aporte de *Eduardo Frei*

El hombre y su época simbolizan no sólo las dos caras de toda existencia, sino que uno de los debates historiográficos más prolongados de la “historia de la historia”, es decir, de la “historia escrita o narrada”. ¿Qué es lo fundamental, el individuo o la corriente histórica, es decir, la época en la cual vivió inmerso? Para no repetir una discusión añeja, simplemente hay que decir que los seres humanos sólo están provistos de un magro espacio de decisión. Es una ventana por la que se asoman, y por un momento pueden elegir, pueden ser libres en el sentido de preferir una alternativa más o menos original a otra diferente. En el momento siguiente, vuelven a ser prisioneros de la necesidad, que también se hace anunciar como incertidumbre. Con todo, ésa es la sustancia que nos hace libres, un breve instante que define la condición humana.

Es bueno que en una época de relativo eclipse de lo público, nos volquemos a pensar este misterio de la libertad a la luz de los grandes hombres públicos, de sus logros, de sus frustraciones, de sus fracasos;

JOAQUÍN FERNANDOIS. Doctor en Historia. Profesor de Historia Contemporánea, Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de la Academia Chilena de la Historia.

también de triunfos y derrotas paradójicas. De todas las posiciones opuestas de las últimas cuatro décadas, ¿cuál ha triunfado en estos tranquilos años noventa, hasta el 2001? ¿Es el modelo heredado del “sistema de Pinochet”? ¿Es derrotado el 11 de septiembre? ¿Se ha impuesto un consenso que era ansiado por la población a finales de los ochenta, y que fue el trofeo deseado pero no logrado por el trágico resultado de los años “clásicos” de la democracia en Chile, entre 1932 y 1970?

Sea como fuere, siempre que tenemos la necesidad de entender el presente, nos debemos volcar a un relato histórico que nos entregue un sólido elemento de juicio para empezar a comprender el paisaje que ahora nos rodea. Uno puede acercarse a esa historia escrita a través de las numerosas historias generales de Chile, escritas por chilenos o extranjeros. O puede escoger un trabajo particular, sobre un tema determinado, que si está bien pensado, nos asoma a nuestros abismos y a nuestros cimientos, con la solidez del conocimiento profundo. Pero, a cada afirmación, ¿no se podría afirmar de otra manera? ¿No se podría interpretar de manera diametralmente opuesta?

En esta biografía, el lector encontrará una combinación de ambas cosas, como en toda gran biografía. Al hilo de la vida de un político central en el Chile del siglo XX, se podrá encontrar las fases y vivencias sucesivas de Chile y los chilenos, desde la segunda década del siglo hasta comienzos de los ochenta, a la muerte de Eduardo Frei. La biografía, dicho sea de paso, consolida una tendencia surgida muy recientemente, de biografiar a chilenos, personajes públicos o personas que no alcanzaron los focos de la notoriedad, pero que igualmente merecen una comprensión. Comprender a otro es comprendernos a nosotros mismos. Con no menor razón nos volvemos a la “biografía clásica”, la de los “grandes hombres”, mirada con un mohín de sarcasmo en muchos círculos intelectuales.

Son los mismos que se quejan del “malestar en la política”. Ese grupo humano que se llama sociedad siempre se mirará a sí mismo por medio del escrutinio de alguno de ellos de estatura relevante. La nostalgia por la grandeza tiene mucho que ver con la comprensión de cómo algunos de nosotros, muy pocos, se pueden elevar e inspirar a sus contemporáneos y algunos de los sucesores, mientras dure el recuerdo. Vivimos en un país de memoria avara, a pesar de lo mucho que se lloriquea por la carencia de memoria, lo que muchas de las veces no es más que un velo para tapar la memoria. Definitivo en este sentido es, a nuestro juicio, el que todavía no exista una biografía de Salvador Allende. ¡Ahí deberían dirigir sus pasos quienes musitan machaconamente sobre la memoria!

Asomarse a la vida de los grandes, o de los que nos aparecen como tales, en sus esfuerzos, sueños, realizaciones y fracasos —todo en una sola vida— es el paradigma con el que medimos nuestras posibilidades y las del futuro de los nuestros. En la biografía de un político nos retratamos en esa medida esencial en que todos somos, nos guste o no, “animales políticos”, habitantes de la *polis*, y con ese fin, seres dotados de la palabra (Hannah Arendt). En Chile, sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX no hubo abundancia de biografías, sobre todo desde una perspectiva historiográfica. En realidad, a mediados de siglo no había actividad ni preocupación por la historia reciente. Quien quiera hablar acerca de la “crisis de la conciencia histórica” en Chile, no puede saltar sobre este hecho.

Hasta hace muy poco, la biografía era fundamentalmente un “ensayo biográfico”, incluso para las grandes figuras del arte y la cultura; y no había muchos que digamos. Recién en la última década empezó a abrirse un campo en este sentido. La biografía del joven Mario Góngora, escrita por Patricia Arancibia; y la de Jorge Alessandri, obra de Gonzalo Vial, Álvaro Góngora y Patricia Arancibia, han constituido grandes saltos en este sentido. Como decía, la inexistencia de una biografía de Salvador Allende que tenga un carácter comparable a éstas representa una carencia sugestiva. En todo caso, no es extraño que los dos últimos investigadores nombrados hayan sido invitados a participar en la preparación de *Eduardo Frei Montalva y su tiempo*; experiencia les sobra y la capacidad de penetración queda demostrada al final de la lectura.

La importancia de este *Eduardo Frei* radica en que pone un metro frente al cual tendrán que escribirse futuras biografías. Primero por la vastedad del material: el rico archivo que puso a su disposición generosamente la Fundación Frei; una agotadora actividad de búsqueda en diarios y revistas, además del uso de la no pequeña bibliografía que hay sobre esos años; entrevistas personales a innumerables testigos de la época, una de las ventajas de escribir historia contemporánea. En segundo lugar, está el desarrollo de la vida de Eduardo Frei, con la historia de Chile, desde la segunda década del siglo XX hasta comienzos de los ochenta, como trasfondo. Esta es una de las ventajas de la biografía como género de estudio: se unen el hombre y su época. Desde el punto de vista del lector no especializado esto representa un gran incentivo, ya que puede aprender acerca de la historia del siglo XX chileno deslizándose a través de las páginas de fácil prosa y de fino tacto en retratos psicológicos por lo que es conocido Gazmuri.

En tercer lugar, aunque es evidente la admiración del biógrafo por su biografiado (es raro escapar a esta tentación; generalmente, cuando se hace, hay resentimiento de por medio), el especial aporte intelectual que

efectúa Gazmuri es que, dentro de lo posible, en el desarrollo de la vida de Frei, de sus tempranas posiciones, de sus intervenciones políticas, de su carrera parlamentaria, como ministro, como candidato y después como Presidente, no existe el intento de manipular al lector. Pone igualmente énfasis en relatar el “resto de la vida de Frei”, cuando fue quizás *la* figura emblemática de oposición al gobierno de la Unidad Popular; sus incertidumbres en los inicios del gobierno militar y su posición de liderazgo, nuevamente en la oposición, aunque aquí se acentúa el carácter de tragedia de los últimos 15 años de la vida del estadista.

Origen y crecimiento del estadista

La historia personal de Frei podrá aparecer poco representativa del “ser chileno”, ya que fue hijo de un inmigrante suizo-austríaco (no puramente suizo como siempre se dijo, dato aportado por la investigación de este libro). Cambia el panorama si observamos que la clase dirigente chilena en la política, en la cultura y en la economía se recluta de manera desproporcionada entre descendientes de inmigrantes, desproporcionada en relación al número relativamente pequeño de quienes arriban a estas costas. A partir de Arturo Alessandri, a los apellidos del tronco castellano-vasco-extremeño-andaluz se irán progresivamente añadiendo los de otras regiones de Europa y del Medio Oriente. En este sentido, la carrera de Frei es bastante prototípica. Por otro lado, se narra con gran detalle e interés, como pocas veces en una biografía de un líder chileno, la dura vida de una familia de ingresos de baja clase media; la “pobreza de solemnidad”, como se decía antes, de la niñez, adolescencia y primera juventud del futuro Presidente. Sus estudios compartidos con trabajo para subsistir. La educación escolar en un buen colegio de Iglesia para niños de su condición; el ingreso a una universidad elitista pero, según la tradición de la misma Iglesia, abierta a la movilidad social por medio de la educación. El matrimonio con una “niña bien”, aunque en términos económicos con vida de clase media.

También lo otro, que lo llevó a ser biografiado por el autor y los colaboradores. El talento que lo distinguiría desde su juventud en la Universidad Católica; el dinamismo y seriedad que emergían desde su persona. Laborioso, metódico, el joven Frei será visto desde sus orígenes como líder promisorio; también talentoso y, con el tiempo, todos percibirían en él a un hombre brillante. Éste fue uno de los motivos para que fuera asistido por círculos católicos y eclesiásticos en los inicios de su carrera. Las circunstancias, las inquietudes personales y su disposición al trabajo lo ponen

en contacto con una juventud y un momento que fundará al Chile político moderno, la generación política de los años 1930. Hay que decir que entonces decir derecha y círculos socialmente altos era casi decir lo mismo. Ese círculo acogió casi sin reservas al joven Eduardo Frei en los años treinta, como queda meridianamente expuesto en la biografía de Gazmuri. Es interesante recordar el papel que en la carrera de este joven desempeñó un empresario como Osvaldo de Castro.

Emerge una constante en la carrera de Eduardo Frei, la dualidad entre el soñador y el político comprometido con un cambio radical de la sociedad, aunque alejado a la vez del estilo de hacer política propio a la revolución del siglo XX, o a la práctica de las orientaciones totalitarias. Para el Frei de 1938, ellos, los falangistas, estaban por “una reforma total y sustancial. Quien crea que pretendemos cambios superficiales y de detalle, no nos han entendido. Es un cambio en la forma y en el fondo (...) Creemos y sentimos el fracaso de una estructura espiritual, económico-social y política. Y como creemos y sentimos ese fracaso, trabajamos por otro orden diferente” (“Entrevista a Eduardo Frei”, *Zig-Zag*, noviembre de 1938, cit. p. 251). Es el Frei poseído por un impulso de predestinación y pureza, que lo lleva a decir que prefería no ser electo a sacrificar su compromiso. Lo repetirá en 1964 (“no cambio una coma del programa ni por un millón de votos...”), pero ya se habrá perdido la pureza prístina del origen.

Sin embargo, sin esa imagen de “pureza” originaria, originante, no se puede entender el ambiente político que Eduardo Frei inspiró en los treinta años que van desde mediados de los 1930 hasta los 1960. También muchas de las características de la posterior Democracia Cristiana (DC), incluso hasta el presente. Desde luego, los años y el ejercicio del poder la despojarían gradualmente de esa aura de “idealismo”, dejando traslucir ese mito original como puro lenguaje de referencia. También esto llevaría consigo otra dinámica, la de no conocer *cuándo* hay que transar en la vida política. La política como pura transacción pierde su rumbo, aunque se cubra con el manto de la beatería. La política como la proyección de ideales intransables —como si ideas e ideología políticas fuesen entes realmente existentes— se transforma en una carrera de juego suma-cero, de pugna de poder por la victoria incondicional; finalmente, la pureza del ideal también se opaca a la sombra de fines absolutos, intransables. Como se está entre los “escogidos”, todo lo que emane de ese grupo es un medio santificado por el fin supremo. Es una tentación muy conocida en la política del siglo XX.

Éste era un rasgo de la cultura política de la Falange, y después de la Democracia Cristiana. No tenía la DC por qué perecer en él, ya que las

experiencias políticas pueden ir madurando. Sin embargo, es aquí donde se produjo uno de los mayores problemas en el partido, que ayudó a la crisis de la última parte del gobierno de Frei, y a la división del partido; a la retórica desatada por Radomiro Tomic. Con todo, no sería el problema de Eduardo Frei Montalva, que veía claramente las realidades, pero sobre él se repitió la maldición de la mayoría de los presidentes que actuaron en las largas décadas de la Constitución de 1925, la incapacidad para convencer al partido (o partidos) que los acompañaban de mantener determinadas políticas. Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, para qué decir Carlos Ibáñez, Jorge Alessandri, Eduardo Frei y, con tonos de tragedia en ciernes, Salvador Allende.

La biografía va relatando con facilidad y sin pretensiones pedantes el desarrollo de esta vida, teniendo como trasfondo la historia política de los años en que “la política” era el centro privilegiado de atención de los chilenos. En todo este largo y complejo desarrollo, aparecen la maduración y contradicciones del estadista, sus logros y, como inevitablemente debe suceder, las frustraciones que superan a los alcances. El autor va desarrollando los motivos y la creatividad de muchas de las decisiones de Frei. Pero siempre se explaya en las críticas de sus contemporáneos a sus actos e ideas, así como en lo que el paso del tiempo ha confirmado o puesto entre paréntesis. De esta manera, aunque Gazmuri va dando continuamente sus juicios, al mismo tiempo entrega elementos de juicio para tener una opinión distinta en este o aquel aspecto. Se trata de una obra monumental escrita en un tiempo relativamente corto, cinco años; pero se ve una larga meditación histórica y política de parte del autor y sus colaboradores.

Entre quienes han sido presidentes, nadie se preparó tanto para serlo como Eduardo Frei Montalva. Toda su biografía da testimonio de este desarrollo. Desde sus tiempos de estudiante, su participación en la Asociación Nacional de Estudiante Católicos (ANEC), su participación en la juventud conservadora y en el grupo en torno a la Falange. Sus primeros pasos políticos y periodísticos. Estudioso y lector acucioso, siempre sorprendió por lo preparado de sus discursos y de sus informes. Como dice Gazmuri, ha sido el presidente más intelectual de la historia de Chile, en cuanto estaba muy al tanto de las corrientes de ideas del momento. Hay que decir también que, como político, antes y después de ser presidente, Frei desarrolló una vinculación personal con líderes de todo el mundo que no tiene parangón. Claro, sin embargo, el éxito (palabra elusiva) de un estadista no se mide necesariamente por estos hechos.

Frei como político

La política no es en primera instancia pensar, inteligir, analizar. Es acción, dirección, esa manifestación de “criterio político” o “juicio político” (“political judgement”) que ha descrito Isaiah Berlin. “Hablamos de la posesión de un buen ojo, u olfato, u oído político, de un sentido político que el amor, la ambición o el odio pueden hacer entrar en juego, de un sentido que la crisis y el peligro agudizan (o, alternativamente, embotan), para el que la experiencia es crucial, un don particular, posiblemente no del todo distinto al de los artistas y escritores creativos” (cit. en *Estudios Públicos*, 80, primavera 2000, p. 423). Será deseable que, como ser civilizado, el político posea un dominio de al menos los grandes rasgos de los debates de ideas de su mundo; un cultivo de las letras, del arte, del espíritu... Pero no es la condición necesaria; así no ha sido el mundo. Criticar a un político —o un estadista— porque no es lo suficientemente culto, podrá ser un buen argumento a la hora de aquilatar el aprecio que la clase política tiene por la formación intelectual; y esto dirá algo acerca de tendencias de largo plazo, en torno a la disolución de los valores de la cultura por ejemplo. Pero nada dice acerca de la *efectividad política*.

Decimos esto, ya que a Frei siempre le persiguió, y le persigue en la memoria, la sospecha de que en lo esencial, como causa de sus insuficiencias, estuvo su actitud esencialmente *hamletiana*: en el momento de la acción, o sea, de la toma de decisiones, dudaba; y dudaba. Esto se vería en los años de crisis y división de su partido, en la segunda etapa de su gobierno, después del 4 de septiembre de 1970 y en torno al 11 de septiembre de 1973, antes y después. Pero esto es un botón de muestra. Venía desde los primeros tiempos, cuando todos veían en él a una figura promisoría, como Ministro de Obras Públicas de Juan Antonio Ríos, un visionario que percibía los problemas del momento y la perspectiva de su superación, pero fallaba en la esencia de la política, la decisión. Porque, como intelectual y hombre público del estilo “falangista”, debía mostrar que también tenía “principios”, y por ende renunciaba al compromiso, que no pocas veces “ensucia”. La realidad, sin embargo, es más banal.

A su vez por estrategia, pero asimismo por personalidad, en las negociaciones políticas daba a entender que podía estar con todos, sin jamás comprometerse definitivamente con una posición determinada, al menos fuera de los corredores de su partido. Un crítico, Bernardo Larraín, lo caracterizó de la siguiente manera: “Era una persona muy buscadora de armonía, si hablaba con un liberal, era liberal, si hablaba con un comunista era comunizante. Entonces todos le tenían simpatía, él estaba siempre de

acuerdo, pero llegado el momento de votar lo hacía siempre al revés” (p. 507). Ineludible técnica de la política, es un estilo de doble filo si llega a empapar la personalidad. El mismo Gazmuri se refiere a este problema repetidamente, y es la imagen que resalta cuando enjuicia el resultado de su gobierno, desde la perspectiva de 1970: “Eduardo Frei tenía el problema de Hamlet: meditaba y cavilaba, sopesando cada uno de sus actos y decisiones de importancia. Además escuchaba y sopesaba múltiples opiniones, a las cuales era influenciado” (p. 779). Ésta es una visión que persigue al recuerdo de don Eduardo.

Por otro lado, nada de este aspecto presuntamente *hamletiano* podría indicarnos una personalidad pusilánime. Todo lo contrario. La carrera hasta llegar a la Presidencia de la República es un elocuente testimonio de su tesón, inteligencia, personalidad, virtud carismática, abnegación, cualidades que demostró sobradamente en una carrera política que no dejó de mostrar rostros desalentadores. Es una pugna en donde la mayoría, al llegar a cierto nivel, se va deslizando hacia la irrelevancia, hacia el anonimato. Grandes figuras, en potencia, pueden terminar constituyendo esa categoría que siempre ha sido mirada con un dejo de conmiseración y desprecio, la de los “ex políticos”. Es una regla del juego en la apuesta.

Eduardo Frei Montalva fue de aquellos pocos preferidos por los dioses (es decir, por la fortuna y sus propias capacidades) para llegar a tener la oportunidad de dejar su impronta en el país. El sistema presidencial chileno otorga la oportunidad, a quien alcance el puesto máximo, de liderar una fuerte renovación de la vida política. Si fracasa, en lo que se coloca la mayoría, el cargo mantiene —todavía hoy— el carisma que parece justificar una vida para quien lo alcanza. El jefe político, entendido como jefe de la “polis”, siempre ha sido una figura de referencia, más allá de la importancia que el hacer político en sí mismo mantenga o no vigencia a la luz de sus contemporáneos.

El período de prueba para Eduardo Frei estuvo entre mediados de los treinta y comienzos de los cincuenta. La biografía va narrando en detalle este desarrollo, sus momentos de derrota, pero también la voluntad esperanzada de Frei, su optimismo frente a todos los contratiempos. Al principio de su carrera un *outsider*, como casi todo el que comienza, llegó a ser un *insider*, incluso en el plano social. La Democracia Cristiana que llegó a ser tan poderosa, nunca se desligó completamente de sus orígenes en la elite social, aunque no necesariamente en lo económico. De hecho, presenta el típico síndrome de la “revuelta de los hijos del privilegio”. Esto tendría su última manifestación en la formación del MAPU, el sector de izquierda de la Democracia Cristiana, que salta no a la izquierda de ella, sino que a la

extrema izquierda del espectro político. En este grupo brillaban los apellidos que en Chile se asocian a la clase alta en términos sociales. En el conjunto del partido, esto fue cada vez menos importante a medida que pasaron los años. Además, en Frei mismo no hay manifestación de una suerte de resentimiento social, que muchas veces acompaña al *outsider* involucrado en demasía e innecesariamente con el mundo de los apellidos. Frei supo sacar partido de estas relaciones para sus proyectos políticos, como la Editorial Del Pacífico (p. 306). Se movía muy bien entre círculos empresariales. El libro demuestra la importancia en su carrera de Osvaldo de Castro; en los años de la presidencia, jugaba golf con Milan Platovsky. No menos bien se desempeñaba con líderes sindicales, campesinos y poblacionales, dejando un imborrable recuerdo a donde llegara.

Frei representaba un ímpetu reformador que podría no haber atizado tanto las tensiones sociales. Tenía una mirada positiva hacia la historia de Chile y lo fundamental de su herencia; no había una mirada decadentista ni de izquierda (“todo está mal, hay que dar el salto hacia delante, con el cambio total”) ni de derecha (“todo ha ido mal en el siglo XX, de mal en peor”). Se trataba de una voluntad de extender la democratización, que es la forma de asegurar la estabilidad social en el mundo contemporáneo. Es lo que quería decir en 1949, al publicar (en base a una obra muy anterior de Alberto Edwards), su *Historia de los Partidos Políticos Chilenos*: “La democracia en Chile se salvará en la medida que se extienda hacia las capas (sociales) más profundas, para las cuales no representa, hoy, un valor objetivo” (cit. por Gazmuri, p. 312). Se trataba, eso se esperaba, del hombre que haría el cambio necesario para encaminar al país a ser una democracia desarrollada. Pero la historia fue otra... En Frei, esta frustración no era inevitable, y podemos mirar retrospectivamente su carrera como una esperanza de cambio en el Chile institucionalizado y relativamente pacífico de mediados de siglo, pero al que lo atenazaba la parálisis económica y la creciente incapacidad política de crear mayorías funcionales a los gobiernos.

Triunfo y tragedia (I)

A partir de las elecciones parlamentarias de 1957, con la primera mayoría en Santiago (y en el país), Frei lanza a su partido a la carrera de un éxito fulminante. Incluso la derrota en las presidenciales de 1958, cuando sale tercero tras Alessandri y Allende, lo favorece. Queda la duda, la “hipótesis contrafactual”, ¿qué hubiera sido de la administración Frei si los liberales (y los conservadores) hubieran apoyado su candidatura en 1958, como

fue la posibilidad que se entreabrió? ¿Hubiera logrado la gran síntesis que ordenara al país en una continuación reformada del Estado y sociedad? ¿O hubiera encallado en las disputas infinitas de una unión disímil, no sin mala conciencia entre sus partidarios? Con el poder alcanzado con las elecciones de 1964 y 1965, pareció un golpe de suerte la decisión del Partido Liberal, producto de la dramática muerte de Raúl Marín Balmaceda, de escoger a Jorge Alessandri como candidato. Esto le permitiría el triunfo limpio y exclusivo en 1964.

El gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964) tuvo un desempeño discreto. El país se sintió en buenas manos, y los éxitos iniciales dejarían un recuerdo; en cifras, no sería muy diferente al del propio Frei. No logró, sin embargo, dar el golpe de timón que se esperaba y que él mismo consideraba importante. Más todavía, se pusieron en marcha varios procesos políticos que alterarían irrevocablemente el panorama. La derecha comenzó a erosionarse hasta casi quedar como fuerza marginal en la elecciones de marzo de 1965, además de haber perdido fuerza en su lenguaje político; la izquierda quedó instalada firmemente como un tercio del electorado y un polo de gran fuerza política, además de radicalizarse en su visión política como resultado de la influencia de la Revolución Cubana; y la Democracia Cristiana bajo el no discutido liderazgo de Eduardo Frei se transformaba en un partido mayoritario, a lo que ayudaba el estrellato y consiguiente apoyo que gozaba desde Washington. Contribuyó a todo esto un “accidente”, el “naranjazo”, la elección complementaria de marzo de 1964, que pulverizó al Frente Democrático, y que en momentos de tensa polarización marxismo/antimarxismo, dejó a Eduardo Frei como única alternativa a la candidatura, la tercera, de Salvador Allende.

Desde 1958, como se dijo, Eduardo Frei era uno de los políticos fundamentales en el país, y organizó *toda* su estrategia personal y política en orden a obtener la Presidencia de la República. Aunque no hubiese logrado el trofeo codiciado en 1964, la sola trayectoria hasta este momento lo hubiera colocado en la historia del país. Había inspirado un movimiento político que lo miraba a él, Frei, como un caudillo redentor, y que pasaba a desempeñar hasta un puesto en la política continental. El momento antes de su triunfo más señero, y de los primeros tiempos de la presidencia, es cuando se encuentra el Frei “más hallado” y en quien casi todos veían a un potencial presidente.

Gazmuri califica éstos como sus mejores años. “Sin pasiones amorosas extramaritales, sin desequilibrios notorios de carácter, sin grandes y torturantes inquietudes existenciales, con una religiosidad fuerte pero equi-

librada, era muy dueño de sí mismo y podía canalizar la energía de su mente poderosa hacia la política, su vocación *per se*, su vida misma. Estos serían sus mejores y quizás sus más felices años. Todavía no comenzaban sus verdaderos problemas y desafíos. Pero entonces, como sucede a los hombres felices, no lo sabía” (p. 496).

La elección de Eduardo Frei estuvo rodeada de los mejores auspicios. Ningún otro presidente de los tiempos de la vigencia de la Constitución de 1925 gozó de tanto prestigio y poder en términos institucionales. El país había tenido una extraordinaria paz política en los años anteriores, a pesar de la polarización ideológica (¡cuán autoinducida fue la crisis política chilena!); la economía estaba quizás “enferma” en cuanto no se había producido un “take off”, pero no había una crisis especial. El apoyo político continental y europeo y el apoyo económico norteamericano (por ejemplo, para la “chilenización”) fueron los mayores que se hayan entregado, aun cuando esta ayuda, por sí sola, no podía solucionar los problemas del momento. Frei tenía su asiento en un ahora poderoso partido con mayoría absoluta en la Cámara, aunque con algo menos del tercio en el Senado, un poder antes no visto en la historia política de la democracia chilena. Todo sonreía a Eduardo Frei Montalva en esos días de 1965, culminando con el viaje a Europa a mediados de año.

Y, sin embargo, el estrellato se esfumó, a pesar del evidente respeto y popularidad de los que todavía gozaba Frei en 1970, tal cual Jorge Alessandri en 1964. No sólo el candidato demócrata cristiano, Radomiro Tomic, salió tercero en las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de ese año, sino que la alternativa que Frei ofrecía, la “revolución en libertad” de 1964, parecía o superada por la “verdadera” revolución de la Unidad Popular, o parecía el prólogo a la catástrofe. Los días de desazón y angustia de Frei después del 4 de septiembre de 1970, descritos con franqueza en la biografía, parecen indicar que el propio Presidente pensaba que el país se deslizaba a un abismo, en lo cual a él le cabría cierta responsabilidad. Volveremos sobre esta paradoja.

Los años de la presidencia están tratados en dos extensos capítulos. El límite entre ambos está en lo que podríamos llamar, parafraseando a Churchill, “triunfo y tragedia”, es decir, los años de la gloria, entre 1964 y 1966, y los años en que todo se enarena. La biografía pasa revista detalladamente a los diversos aspectos de su gobierno, incluyendo su vida cotidiana como Presidente, su viaje a Europa —donde se entrevista con los últimos “grandes”, Adenauer, De Gaulle—, su conversación con la Reina Isabel II —a la que recibirá después en Chile, en un momento esplendoroso

en 1968—, su visita a Paulo VI, la reforma agraria, la “promoción popular”, la “chilenización” del cobre.

Pero también esta biografía muestra la aparición de la violencia en medio de una creciente y, al final, imparable polarización política. La división del partido, en el que se forma un ala radicalizada, explicable por el clima de la “cultura de los sesenta”, aunque a su vez por las raíces mesiánicas y “frivolidad intelectual” que había en la Falange y después en la Democracia Cristiana (explicado por el autor, pág. 440). Al final, su gobierno tuvo un desempeño económico discreto, como decíamos, no muy diferente del de Jorge Alessandri, pero habiendo hecho mucho más promesas y habiendo desencadenado la “revolución de las expectativas”, para no hablar del clima de ideas y sensaciones de los sesenta, a los que Gazmuri le dedica muchas páginas. Asimismo, muestra la iniciación de movimientos militares que al comienzo tuvieron una finalidad puramente gremial (presupuesto, sueldos), pero que inevitablemente llevarían a una politización de las Fuerzas Armadas. Aunque con gran influencia dentro de su partido, Frei presenció con cierta impotencia el desarrollo de este proceso. Finalmente, la biografía se refiere al estado de desazón que parece haber invadido su espíritu después del triunfo de Salvador Allende el 4 de septiembre. Creemos que su actitud revela un estado de ánimo en el cual *casi* le hubiera aliviado ser depuesto. Tan seguro estaba de la catástrofe que por angas o por mangas le caería al país.

Estos capítulos son bastante detallados y completos. Con todo, se siente que algo falta a la hora de evaluar un Presidente de la República. Hubiera completado el círculo de la biografía escoger una actividad especial y seguirla con cierto detalle. Por ejemplo, en el proceso legislativo de la “chilenización” del cobre, haber ido siguiendo paso a paso, día a día, la intervención personal de Frei, sus conversaciones, las decisiones que va tomando, en qué medida acepta ideas, transa, logra imponer su punto de vista, etc. Es decir, se trata de ir tomando el pulso a su estilo de liderazgo y a las virtudes y limitaciones “en terreno”, ya que se estudia la vida de un gran político. ¿Cómo se manejaba en el corazón del poder? Para esto, se debe tener acceso a un tipo de documentación muy especializada o tener la historia oral de los participantes claves de cada una de esas negociaciones. Uno hubiera querido una especulación sobre si en algún momento hubiera sido posible un golpe de timón, que hubiera efectuado la “revolución más la contrarrevolución”, según se verá luego. Acaso con el ministerio de Raúl Sáez en 1968, jugándose entero por esta línea. Pero se trata de especulación contrafactual...

Triunfo y tragedia (II)

Normalmente, la biografía de un Presidente en lo esencial terminaría aquí, con un capítulo breve acerca de la trayectoria posterior. Un aporte de esta biografía es que no suelta su presa. En parte porque Eduardo Frei fue también una figura central en la oposición a la Unidad Popular; pero en parte porque la vida de un estadista se entiende también por esos momentos en que el acceso al poder comienza a cerrarse. Existe una cadena invisible que ata al hombre público con su vida personal, con su privacidad, que es lo que debe entreabrir el historiador. Es el ojo de buey que nos permite darnos cuenta de un horizonte mayor que aquel donde nos originamos.

En este sentido, Gazmuri continúa con el desarrollo detallado y meditado de la trayectoria de Frei en los años de la Unidad Popular, cuando llega a ser una suerte de líder de la oposición y de algún modo propicia, al final, la intervención militar; sigue después con los años iniciales del gobierno militar, con un Frei vacilante que quiere encontrar rumbo. Después viviría los años que podríamos llamar de “exilio interior”, cuando a la vez, pero muy al final de su vida, emerge lentamente como posible líder de la oposición al gobierno militar. En esta biografía se documenta bien por primera vez el impacto que significó para Frei el triunfo de Allende. Recordamos las fotografías de la época, en que aparece con un rostro demacrado, fuertemente golpeado. Sus medidas, hasta el 22 de octubre, día del atentado que costó la vida al general Schneider, fueron vacilantes, como perdidas. Da la idea de que lo rondaba una depresión. Todo esto daría para tantas especulaciones...

También sobre el 11 de septiembre de 1973. Pensamos, Eduardo Frei quería la “intervención militar”, y después —esto Gazmuri lo dice claramente— justificó el “11”. Esto ha levantado polémica en torno a la biografía, ya que a los ojos de quienes olvidan, hacer esta afirmación se asemeja a acusar de Frei de “golpista”. Nada más lejos de la verdad, en términos del uso corriente de la expresión “golpe de Estado”. Era tal la convicción de que el país se encaminaba a la catástrofe, que las principales cabezas de la oposición creyeron que la única alternativa era la intervención de las Fuerzas Armadas como árbitros, pero árbitros a la fuerza desde luego. De otra manera no se explican las justificaciones del propio Frei (carta a Mariano Rumor, entre otras), de Patricio Aylwin, la Declaración de la Cámara del 22 de agosto, la que, mal que les pese a algunos de los firmantes, a nadie se le escapaba entonces que pedía tal intervención...

Ciertamente, a la hora de pensar qué esperaban de esa Declaración, en general los demócratacristianos tenían en mente una suerte de gobierno breve de transición, o un arbitraje (a la fuerza, eso sí) sobre las tres áreas

de la economía (estatal, social y mixta) y la “limpieza” de los grupos armados... Todo en punto suspensivo, ya que sentían que los medios tradicionales, exentos del sentido de la Constitución en esas condiciones, no servían. (Todo esto lo decimos nosotros, no Gazmuri, o Góngora o Patricia Arancibia). De ahí que el 11 de septiembre se dio en medio de un clima en el cual la idea de que era un “golpe” era ajeno al espíritu con que movía al alto mando y a los oficiales en general, y de quienes pedían la “intervención”, pues creían que los “otros”, es decir la Unidad Popular, había dado o estaba por dar un “golpe”. “Técnicamente”, en el sentido del lenguaje de la teoría política, se puede desde luego hablar de “golpe”. Sin embargo, en esos momentos, en septiembre y octubre de 1973, no era una sutileza hija de la hipocresía; la permanencia del gobierno militar lo transformó en ese “tecnicismo”, es decir, en un golpe. Frei tendrá que presenciar con estupor e inacción, en los primeros años, cómo se levanta una posibilidad que lo excluía y lo atacaba a él mismo.

Acierta el autor cuando piensa que Frei siguió pensando en términos de política tradicional, del sistema de partidos existente hasta 1973. Con todo, veía la necesidad de un Partido Socialista democrático, inexistente hasta ese momento. Frei se dedica a escribir libros como para dar ideas a su postulado de recuperar la democracia. Sin ser aportes intelectuales de gran originalidad o investigación, mostraban la riqueza de su lenguaje y lo organizado de su pensamiento. Hubo un intento de demonización que la izquierda y otros grupos le quisieron encasquetar a partir de 1973, con cierto éxito, en paradójica repetición de la campaña de desprestigio a la que lo sometían los medios de comunicación al interior de Chile, sin que el ex Presidente pudiera defenderse con cierta equidad.

Pero luego recupera el protagonismo internacional que tempranamente marcó su carrera. En 1978 es miembro de la Comisión Brandt, en sus momentos una importante instancia de convergencia Norte-Sur, pero hoy nadie sostiene sus recomendaciones. Esto nos lleva también al problema de Frei, de la distancia entre el discurso y la decisión en el momento del acto político. Con todo, hasta los albores del plebiscito de 1980, no acierta a escoger una estrategia. Gazmuri dice:

Resulta curioso cómo Frei reducía sus opciones de crear un frente antidictadura sólo en base a la alianza con grupos políticos formales, los que tenían por entonces una existencia fantasmal. A diferencia de Jaime Castillo, por ejemplo, o del Cardenal Silva, no intentó dar la lucha contra el gobierno militar a partir de otra perspectiva, como la defensa a ultranza de los derechos humanos, lo que habría tenido al menos igual posibilidad política de conseguir algo y mucha mayor base ética. Una figura como Frei proclamando ante el

mundo las atrocidades de la dictadura militar durante esos primeros años habría constituido un factor desequilibrante para aquélla. No es que no lo hiciera, sino que no puso su énfasis en ese problema que, en perspectiva histórica, resulta como el más fundamental del Chile de esos años. Quizás por ser demasiado político fue, en definitiva, poco político (p. 892).

Puede haber otra explicación para esta conducta de Frei. Es probable que pensara, no sin motivos, que provocar sin más un cambio abrupto podría llevar al poder a la extrema izquierda, o al menos a un ambiente de violencia tal, que no habría permitido una solución electoral y una pacificación, único medio en el cual él y los suyos tendrían oportunidad. En las condiciones de los setenta y hasta mediados de los ochenta, entre el gobierno de Pinochet y la izquierda marxista no había alternativa práctica para ellos; el mismo Pinochet trabajaba en este sentido, ya que le daba fuerzas. Por lo demás, se había formado el típico síndrome de un gobierno autoritario, que generalmente carece de estrategia democrática de transición.

Tampoco Frei podía aceptar las reformas económicas del gobierno militar, y alcanzó a vivir la primera fase de la grave crisis de los ochenta, en el segundo semestre de 1981. En esto, seguía siendo hijo de la época de su maduración política, cuando las ideas políticas y sociales comúnmente vinculadas a la derecha parecían irremediablemente periclitadas; esto lo compartía con todo el círculo “progresista” del espectro chileno. No se pensaba que fuerzas diferentes a las del “todo tenía que cambiar”, o las de “construir el socialismo”, pudiesen promover un cambio radical. Al final, asoma el Frei que puede ser de nuevo un polo político, *la* única alternativa como figura individual al general Pinochet, aparte de la izquierda (todavía) marxista. Pero la muerte, sobre la que Gazmuri arroja una pregunta que quizás nunca tenga respuesta, le arrebató la posibilidad de dejar su impronta como Arturo Alessandri la había tenido en 1932.

Levadura

El autor y sus colaboradores van hilando su relato de una manera en la cual la narración se combina casi imperceptiblemente con la exposición de los argumentos con que los diferentes actores iban enjuiciando el momento. Los diversos discursos acceden a estas páginas. Así, dan a conocer su matizado juicio acerca de los logros y los rasgos del Frei estadista, dejan libertad al lector mínimamente informado para sacar sus propias conclusiones o juicios. De esta manera, podemos encontrar todos los argumentos que

en su momento se emplearon para justificar o criticar la reforma agraria. Nos detenemos en este punto como una manera de apreciar lo perdurable o no de los logros de la administración de Eduardo Frei Montalva. La reforma agraria estuvo iluminada por un aura, algo así como un “mandato de época”, ya que casi nadie se atrevía a atacar la idea misma. Con todo, para nosotros es difícil encontrar hoy en día una racionalidad a esa empresa que radicalizó los ánimos e hizo empleo de cuantiosos recursos en un área que demandaba otro tipo de soluciones.

Con la aparición de la economía moderna, el crecimiento del mundo urbano, en cierta manera la “urbanización” del mundo agrícola, la importancia de la producción agraria decrece en comparación con la producción fabril y de servicios, para no hablar de la “nueva economía”. Las unidades de producción, justamente por lo de la “productividad” (cada día menos gente produce más y más), tienden a ser cada vez mayores, salvo cuando hay gigantescos recursos que se orientan a la protección, como la agricultura de algunos países de la Unión Europea. La población campesina debe participar de un movimiento gradual hacia la movilidad profesional y espacial; en esa “graduación”, se puede apreciar a lo urbano y a lo rural como dos caras de una misma moneda.

Este proceso no tiene por qué conducir a la extinción del “paisaje agrario” en la sociedad moderna. Éste existe de otra manera, con su parte de abstracción. El origen de esta realidad está en los jardines de la antigua Babilonia. Para resumir, no se podía crear una gran masa de propietarios que constituyeran una clase media “progresista”, como quizás pensaba el propio Frei; no había “tierra para todos” (o para la “gran mayoría”). Salvo que se siguiera la consigna tácita de “tierra para nadie”, es decir, la colectivización, que era a lo que empujaba la Unidad Popular, según el supuesto de que era una manera de que todos participasen simbólicamente en la propiedad de la tierra.

Tampoco la reforma agraria contribuyó a la “modernización” del agro, como se ha asegurado. Claro, no se ha hecho un estudio sobre qué pasó con los “asentados”. Sospechamos que, en lo esencial, no se produjo entre ellos la modernización que salió a luz durante los años del gobierno militar. En parte antiguos propietarios, en parte la clase empresarial que volcó sus ojos hacia las explotaciones agrarias, en parte, más recientemente, inversiones externas, todas ellas han llevado a los cambios en el mundo agrícola que sepultaron al antiguo mundo rural, incluidas sus virtudes, que también las tenía.

Si volvemos un minuto la mirada hacia los años 1960, entendemos que no era fácil sustraerse a mirar con simpatía la reforma agraria; hasta los

mismos norteamericanos la promovían enérgicamente, con el entusiasmo de aquellos que nunca la practicaron en casa. Gazmuri destaca en este sentido el contenido revelador de la reforma de Jorge Alessandri, que el mismo Frei usó en sus dos primeros años. La reforma agraria parece haber contenido muchos de los ingredientes de movilización que caracterizaron a estos años de la administración Frei. Reformas profundas que se hubieran sostenido después por sí mismas, salvo en la educación (enseñanza escolar), no las hubo. Se mejoró en obras de infraestructura, en la construcción de viviendas, profundizando la labor iniciada por Alessandri, como el autor destaca; se avanza en la organización, al comienzo poco política, de unidades de base, como las “juntas de vecinos”; y la misma “promoción popular”, sin la politización que la acompañó, era una buena idea. Se logró una excelente imagen internacional. Pero al igual que con su antecesor, a pesar de que quizás la mayoría de los chilenos tenía buena o excelente opinión de Frei, el gran cambio que requería o decía requerir el país, ése, no vino. Y el destino, la *fortuna*, le negó la posibilidad que en 1970 no parecía imposible, esa segunda oportunidad en la que pueda ser fecundo el estadista que conduzca a la incógnita que es el futuro.

Eduardo Frei Montalva inspiró a una generación y concita gran respeto hasta nuestros días. Creó un nuevo polo de la política chilena y prestigió la institución presidencial. Abrió una compuerta por la que se arrojó el caudal del cambio, pero no alcanzó a canalizar el torrente en la ruta que continuaba. A pesar de que se encumbró a la Presidencia con la consigna de “revolución en libertad”, no era un revolucionario; era un reformista, y no demasiado radical. De algún modo no supo definir dónde estaba el límite, o no tuvo el tiempo humano para ello. Conviene aquí recordar a José Ortega y Gasset:

El revolucionario es lo inverso de un político: porque al actuar obtiene lo contrario de lo que se propone. Toda revolución, inexorablemente —sea ella roja, sea blanca—, provoca una contrarrevolución. El político es el que se anticipa a este resultado y hace a la vez, por sí mismo, la revolución y la contrarrevolución (*Mirabeau o el Político*, 1927).

Eduardo Frei Montalva abrió las compuertas de la revolución, en sentido metafórico, pero no logró contener esas fuerzas desatadas en un sistema que aprovechara su dinámica y morigerara su anarquía. No era imposible que hiciera la contrarrevolución *como parte* complementaria de la revolución. Mas el destino de por sí azaroso de la vida política le negó el momento. Faro pero no timón, Frei permanece como una figura señera de posibilidades y carencias de la política chilena de mediados de siglo.

Con todo, existe una potencia escondida en la herencia de este Presidente. Don Eduardo, más que la Democracia Cristiana misma, encarnó un lenguaje político provisto de un hálito cristiano que le proporcionaba una riqueza incalculable, lenguaje que el oyente intuía honesto. Sin ser principalmente manipulación, este lenguaje tenía fuerza propia; en lo sustancial, no era simulación de pugna de poder político o social, como sucede en la actualidad. Tampoco era una utopía terrena de la sociedad perfecta, como muchos de sus correligionarios llegaron a creer, e incluso hasta hoy se escucha un resto desvaído de este eco. En un país católico, la ausencia de este lenguaje de *inspiración* cristiana ha dejado un vacío. También un potencial que animado por este tipo de lenguaje, que es creencia, sea traducido en orientaciones —no en concreciones— para la reparación de nuestro erosionado espacio público. □